





1020022134

CAMPOS DE BATALLA
Y CAMPOS DE RUINAS

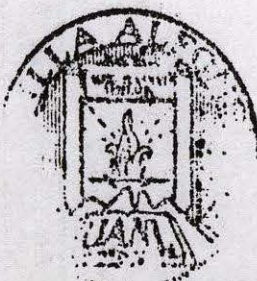
CAMPOS DE BATALLA



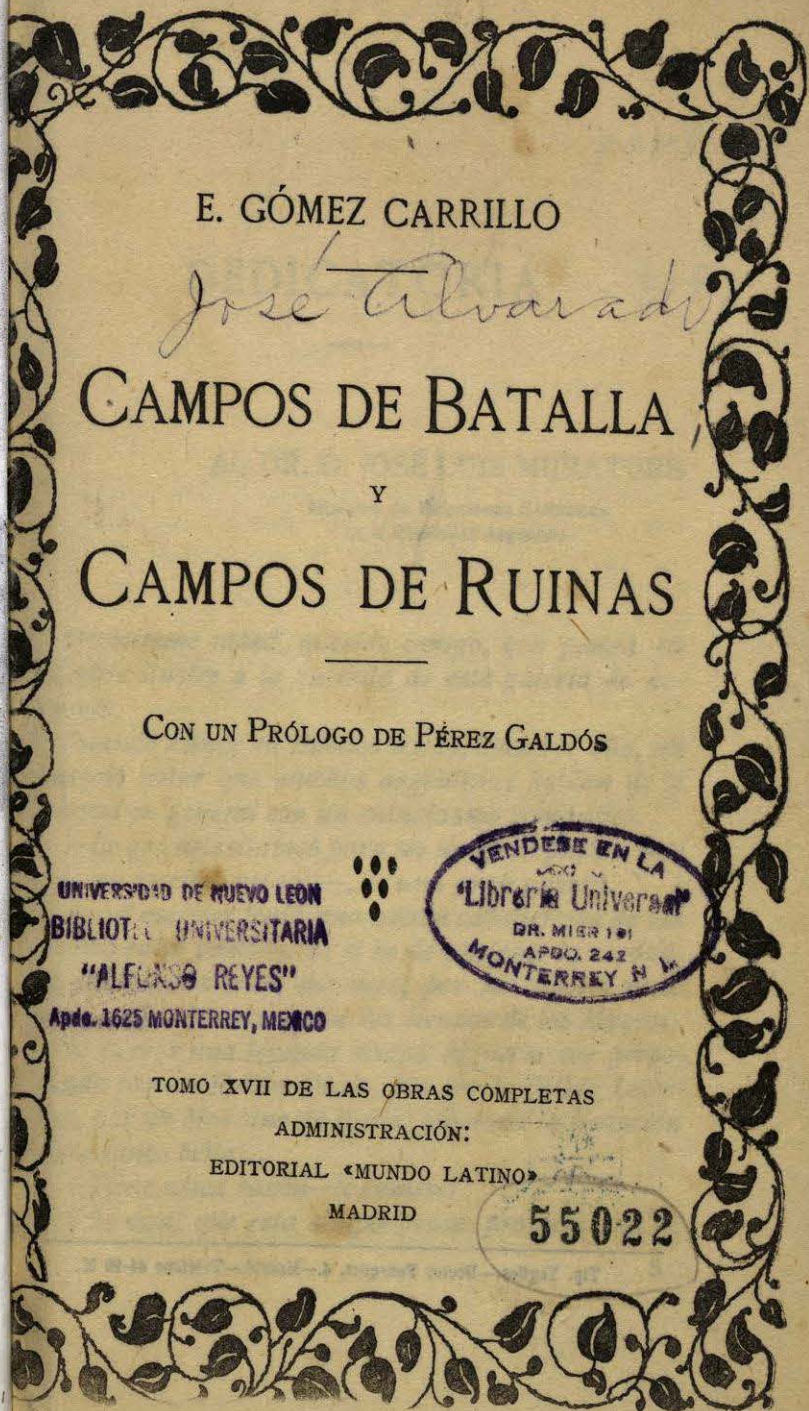
CAMPOS DE BATALLA
Y CAMPOS DE RUINAS

Núm. Clas. 081
 Núm. Autor 66330
 Núm. Arg. 55022
 Procedencia _____
 Precio _____
 Fecha agosto 1965
 Clasificac. _____
 Catalogó 69

CAMPOS DE BATALLA
 Y
 CAMPOS DE RUINAS



DEPARTAMENTO DE LINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICA
 116828



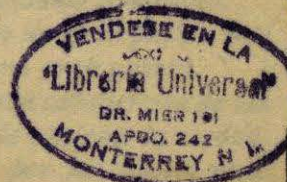
E. GÓMEZ CARRILLO

Jose Alvarado

CAMPOS DE BATALLA
 Y
 CAMPOS DE RUINAS

CON UN PRÓLOGO DE PÉREZ GALDÓS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



TOMO XVII DE LAS OBRAS COMPLETAS

ADMINISTRACIÓN:

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

MADRID

55022

PQ 7499

96

1915

DEDICATORIA

AL DR. D. JOSÉ LUIS MURATURE

Ministro de Relaciones Exteriores
de la República Argentina.

Permítame usted, querido amigo, que ponga su nombre ilustre a la entrada de esta galería de horrores.

Cuando estuve en Buenos Aires, hace un año, me pareció notar que muchos argentinos hablan de la guerra en general con un entusiasmo romántico.

—Lo que necesitamos para ser un gran pueblo—me dijo un escritor notable—, es una gran guerra.

Aquel escritor tenía una noción caballerisca de las luchas entre pueblos. Y, si he de confesar la verdad, yo también la tenía entonces, por no haberla visto sino en los poemas y en los lienzos de los Museos. ¡Ah! ¡Crear una leyenda nueva digna de ser perpetuada por un Rubén Darío, por un Leopoldo Lugones, por un Mariano de Vedia; sin duda la tentación parecíanos bella!...

—Tiene usted razón—le contesté.

Y he aquí que esta simple frase, pronunciada en

un café, entre el humo de los cigarrillos y los vapores del «champagne», me persigue desde hace meses a través de los campos de batalla con una persistencia de remordimiento y de obsesión. Porque la guerra, vista de cerca, no es bella, no. Es horrible. Aunque uno se empeñe en engalanarla con festones de heroísmo, la dura realidad aparece siempre en cifras de espanto que se dijeran grabadas por Callot en una plancha de acero.

Por eso quiero gritar a la Argentina y a América con toda mi alma, con toda mi voz:

—¡Ved lo que es la guerra!... Ved que no hay en ella armaduras lucientes, ni clarines sonoros, ni bellos gestos heroicos, ni nobles generosidades, ni estandartes vistosos, sino sangre, miseria, llamas, crímenes, sollozos...

Mi grito, a usted lo lanzo, querido amigo, porque para mí, como para muchos otros, usted es el representante más ilustre de la futura política argentina. Óigalo usted con benevolencia, y créame siempre su amigo y admirador,

E. G. C.

Nancy, marzo de 1915.

PRÓLOGO

Enrique Gómez Carrillo, el admirable escritor para cuyo ingenio y actividad son estrechas las cinco partes del mundo, nos ha pintado en los cuadros incomparables de sus primorosos libros castellanos, el alma del Japón, de Tierra Santa, de Grecia, de Buenos Aires, de Egipto; y toda esta riqueza de observación y de poesía nos la trae fragmentariamente al solar nativo, con lo cual ha sabido dar a nuestra Prensa un carácter mundial.

Buen chasco se llevarán los lectores de Gómez Carrillo que quieran deducir su edad del cúmulo de sus libros y de las peregrinaciones por tierras y mares que ha emprendido para conocer y pintar artísticamente países exóticos, así las razas de vida secular, como las que florecen en las formas más modernas de la civilización. Pero si la inmensa labor del escritor nos lo envejece relativamente, y en tal engaño incurre la muchedumbre de sus lectores, los que desde hace tiempo le conocemos admiramos al hombre inquieto y febril que con la agilidad de su entendimiento, la gallardía de su estilo, la presteza de su pluma, el poder de su retina que todo lo abarca y todo lo embellece, se pasa la vida labrándose una eterna juventud. Al contrario de los poetas lánguidos, que año tras año destilan sus melancolías quejumbrosas en las penum-

bras crepusculares y empiezan y acaban siendo unos imberbes vejstorios, Gómez Carrillo, que no es lánguido, sino muy avispado y desenvuelto; que vuelve la espalda a los atardeceres tristes, pisotea las murrias, dando siempre la cara al sol vivificante; que viaja sin reposo y no da paz a la pluma describiendo todo lo grande y bello que palpita en los pueblos vivos, en los pueblos muertos y aun en los que resucitan, es siempre personalmente un muchacho alegre y risueño, que al mismo tiempo nos instruye y nos deleita. Para él la vida no es un valle de lágrimas, sino un hervidero de goces, dolores, contiendas, de ideas contrapuestas, que se pelean como las sonoras tempestades de que nos habla el poeta latino.

Estamento fundamental de la literatura en la Edad Moderna es la Prensa. El siglo XIX nos la transmitió potente y robusta, y el XX le ha dado una realidad constitutiva y una fuerza incontrastable. Máquina es ésta que cada día invade con más audacia las esferas del arte y del pensamiento. Gentes hay que reniegan de ella cuando la ven correr desmandada y sin tino, y otras la encomian desafortadamente, estimando que de sus errores y de sus aciertos resulta siempre un evidente fin de cultura. Periodistas somos hoy todos los que nos sentimos aptos para expresar nuestras ideas por medio de la palabra escrita: unos toman la Prensa como escabel o aprendizaje para lanzarse después a distintas empresas literarias; otros en la Prensa nacen y en ella viven y mueren, y éstos son los que constituyen una de las falanges más intrépidas y triunfadoras de la intelectualidad contemporánea. Estos periodistas son hoy los obreros que labran la

materia prima de la Historia. Lo que llamamos hoy actualidad, el tiempo lo va convirtiendo luego en Ensayos o Tratados de Literatura, Filosofía, Política, Ciencias, etc.

Figura culminante en esta falange es Gómez Carrillo, el español que con más arte ha sabido hacer libros admirables en las fugaces hojas de un periódico. En su género, pocos le igualan en Europa y ninguno le supera.

Mundial, Gómez Carrillo lo es hasta el punto de que Henry Lavedan, príncipe de dramaturgos europeos, puede decir, hablando de él y dirigiéndose al público de París, capital del mundo:

«No tengo que presentar a mis lectores al célebre escritor español, ese viajero cordial y pensativo, ni hacerles saber quién es. Pero conservo y repito para subrayarla esta palabra científica y melancólica, esta palabra precisa, errante y conmovedora de *viajero*, porque me parece que se ajusta exactamente a la naturaleza de su espíritu, resumiéndola al designarle. Carrillo es un *viajero* en la más noble y amplia acepción, un viajero de países, de tierras y de cielos, de océanos y de costas, de espacios, de grandes extensiones, de llanuras de arriba y de abajo, de cumbres de todas clases, y un viajero de costumbres, de religiones, de hombres, de caracteres y de almas. Es geógrafo paciente y seguro, tierno y riguroso de todas esas comarcas. Parece hecho y compuesto expresamente, por sus medios adquiridos y por sus dones innatos, para pasearse libremente, durante la vida, a través de los paisajes de Naturaleza y de Humanidad y describirlos. Pero ¿cómo? En la lectura, iba a decir en el *paseo*, por sus libros,

surge, estalla y se impone el sortilegio encantador de su *manera*, que no es una; de tal modo desconcierta por la naturalidad, la sutileza, la gracia, la franqueza y la seducción ideal.

Pocas veces he visto un ejemplo tan admirable, un conjunto tan acentuado de independencia y de flexibilidad, de entusiasmo y de razón. Al escribir, este completo estilista no realiza, por decirlo así, ninguna función de escritor. No ofrece ni por un segundo la impresión del oficio deliberado, siendo capaz de todas las proezas imaginativas y de todos los empeños de forma.

Con la pluma en la mano, *se olvida*, en cierto modo, para no ser más que un hombre frágil y fuerte, superiormente armado y dotado, que se expresa en la confianza y la riqueza de su naturaleza, en la expansión de una sensibilidad primitiva y refinada, sin que despunte en él, ni por asomo, el más leve rasgo de coquetería literaria. No es ese actor, ese comediante de sí mismo, ese juglar, ese danzante de sus propias sensaciones, que el mandarín del idioma y de las palabras impide a cada instante, con gran trabajo, el entrar en escena y sobresalir en ella. Carrillo no se embriaga con el hermoso sesgo de sus ideas, con la música y el sonido de sus frases. Ya se trate de un fogoso corcel o de un borriquillo de Arabia, permanece siempre dueño de su cabalgadura y también de su tiro, de las cuádrigas que conduce con un hábito de maestro que se desconoce a sí mismo y no se pone de modelo ni para sí ni para los demás.»

Los escritores que poseen en grado tan alto la fuerza descriptiva o plasmante y la fuerza emotiva, piden a gritos teatro amplísimo, actualidad compleja y grandiosa para emplear

dignamente sus prodigiosas facultades. La fatalidad, la espantosa tragedia de los tiempos presentes, ha colmado las medidas a Gómez Carrillo, que como cronista de una guerra tan ominosa y bárbara, tiene ancho campo para sus ojos, que rápidamente ven y pintan, y para su ágil pluma, que nos transmite sus intensas impresiones. Sus cuadros de la guerra tienen la gracia francesa y la emoción española. Va el escritor de pueblo en pueblo, de ruina en ruina, de trincheras en trincheras; interroga a los supervivientes de la catástrofe; reproduce la desolación de las viviendas destruídas, el llanto mudo de los monumentos despedazados por los proyectiles alemanes; refiere anécdotas oídas de labios moribundos; recibe y nos transmite el gemido del Marne ensangrentado, de Champagne ultrajada, de la Lorena indomable, y todo esto nos lo hace ver y sentir con la magia de su verbo sutil; es en la guerra, como en la paz, el pintor felicísimo de la Galilea, de Damasco, de las peregrinaciones a la Meca, el admirable poeta del Japón, de la India, de la clásica Grecia y del misterioso Egipto.

Los que queremos y admiramos a Gómez Carrillo deseamos que permanezca en el teatro occidental de la guerra hasta que pueda contar-nos el crecimiento y multiplicación de las legiones aliadas, ocasión altísima que anhelamos para ver deshecho el imperio de la fuerza bruta, vencedoras la razón y la justicia.

Sí; que nos cuente Gómez Carrillo el triunfo de nuestra hermana latina la gloriosa Francia, el triunfo de Inglaterra, maestra de la ciudadanía y señora de los mares; el triunfo y reconstrucción de Bélgica la mártir, inmolada por el

E R Ó L O G O

orgullo teutón. Sí, sí, Enrique, cuéntanos pronto cómo se agiganta hasta tocar las nubes la figura del gran Joffre, la capacidad más alta que ha producido esta guerra; cuéntanos el júbilo de Inglaterra y de su general French, que acaudilla los fuertes soldados de Albión marchando rígidos y serenos a la muerte o a la victoria; cuéntanos el santo heroísmo del rey Alberto de Bélgica, a quien la cristiandad debiera canonizar como a San Fernando y San Luis, que con la espada al cinto han subido a los altares. Esto queremos y esto hemos de ver.

B. PÉREZ GALDÓS.

Madrid, marzo de 1915.

París, 8 noviembre (8-15 n.)

Gómez Carrillo, redactor de *El Liberal*.—Madrid.

EXTREMA URGENCIA

Dígame si está usted dispuesto a participar, como representante de *El Liberal*, de una excursión, organizada en la región de la guerra, en unión de algunos periodistas escogidos.

Si acepta, es necesario que se encuentre en París el martes 10 de noviembre. Le ruego me conteste con urgencia por telégrafo.

DELCASSÉ.

Ministro de Negocios Extranjeros.

Madrid, 9 (7 t.)

Delcassé, ministro de Negocios Extranjeros.—París.

URGENTE

Acepto agradecido la invitación que vuestra excelencia se sirve hacerme, seguro de poder rendir justo homenaje al admirable ejército francés. Tomo esta noche sudexpreso, y espero llegar mañana a París. Dando gracias a vuestra excelencia, reitérole mis respetuosos homenajes.

GÓMEZ CARRILLO.